

¿Qué significa deslegitimar el terrorismo?

Mientras no se asuma el discurso público de que la democracia española no es más defectuosa que cualquier otra europea, no habrá manera de deslegitimar el terrorismo o su historia

07.06.10 -

J. M. RUIZ SOROA |

Deslegitimar el terrorismo es una cuestión eminentemente política, puesto que político ha sido el complejo discurso utilizado para su legitimación durante años, tanto por las fuerzas políticas nacionalistas como por parte de la autodenominada izquierda progresista. Y es precisamente deconstruyendo ese previo discurso de legitimación como se pueden identificar con claridad los puntos clave de la tarea de deslegitimación, a modo de negativo fotográfico.

Por el contrario, creo que no sirven para crear un discurso de deslegitimación del terrorismo una serie de ideas y conceptos, a caballo entre la ética y la sociología, que son machaconamente repetidos por bienintencionadas organizaciones y planes. Por ejemplo, no sirve la idea de 'paz' como contraposición a la de 'violencia', pues ambos conceptos se han vuelto tan borrosos que confunden más que aclaran: desde Galtung, la violencia puede ser física, estructural, cultural, etcétera, y la paz puede ser negativa, positiva, inerte, creativa y así. Es un concepto arruinado y estéril.

Tampoco vale de nada la simple apelación a los derechos humanos, pues puede ser contrarrestada por una cómoda táctica de maximización sin fin ('todos los derechos para todos') que embota y frustra cualquier exigencia hecha en su nombre. Hasta 'Josu Ternera' estaba en la Comisión de Derechos Humanos del Parlamento. ¿Y qué decir del sufrimiento de las víctimas? Pues que como realidad generadora de empatía humana es fácil de contrarrestar mediante su generalización: todos tienen víctimas, todos sufren, hay otras víctimas y otras violencias. La muerte o el dolor en bruto igualan a todos. El patetismo mueve sentimientos, pero los sentimientos son confusos si no hay una previa construcción racional y teleológica del relato en que se insertan.

Dejemos estos puntos ciegos, y reflexionemos por un momento sobre el pasado del nacioterrorismo en los últimos cincuenta años. Traigamos a

la mente cuál era el discurso de 'explicación' y 'contextualización' de la violencia con el que, en definitiva, se dotaba de una legitimidad política mínima a unos actores cuyas acciones se rechazaban en el plano puramente ético o humano. ¿Cómo se ha explicado entre nosotros que algo tan abominable como la muerte violenta de un ser humano por otro pudiera seguir ocurriendo una y otra vez? Porque, no nos engañemos, esa 'explicación de lo inexplicable' era la que al final dotaba de sentido a su existencia; y aquello que es provisto de sentido es finalmente 'con-sentido'.

Pues bien, creo que la respuesta es que han existido tres ideas fuertes en ese discurso. La primera de ellas fue la necesidad de la violencia revolucionaria para crear contradicciones que llevaran a la superación de situaciones de dominación y explotación social. Esta idea típicamente izquierdista perdió fuerza hace ya años y hoy es un mero residuo ideológico, que reaparece en ocasiones en la retórica terrorista pero que nadie serio utiliza en su defensa. Centrémonos por ello en las otras dos.

Ha sido y es esencial para contextualizar el terrorismo, y para situarlo en un relato que lo transforme en un hecho comprensible, la repetición monótona de la historia y la realidad del pueblo vasco conforme a un canon invariable: el del conflicto primordial o existencial. El canon del conflicto eterno entre el pueblo vasco y todos los otros pueblos que han transitado en la historia por sus lares o cerca de ellos (fueran árabes, visigodos o romanos) pero, sobre todo, con España. Un conflicto que era el que creaba al sujeto trascendente de una tarea siempre pendiente: el pueblo vasco se manifiesta en su conflicto y se afirma precisamente porque existe ese conflicto. Esta idea del pueblo vasco como sujeto agonal de su conflicto (uno solo) es tan potente que inhabilita cualquier esfuerzo por pensar la sociedad vasca como una razonablemente moderna y atravesada por muchos conflictos diversos. Porque en esa idea el pueblo vasco es la víctima doliente y principal, antes de y por encima de todas las víctimas humanas, cuya realidad palidece ante un desgarró primordial absoluto.

Por ello, en tanto el nacionalismo y sus adláteres bienintencionados mantengan el canon explicativo del conflicto primordial, existirá una base de legitimación simbólica para el terrorismo. Aunque termine finalmente la violencia: quedará el relato de que ésta no fue sino otra manifestación (objetivamente inmoral pero personal y políticamente 'digna' como dice Patxi Zabaleta) de la lucha del pueblo vasco por llegar a ser libre.

El otro eje contextualizador (legitimador) del nacioterrorismo ha sido el discurso de la incorregible defectividad del sistema político español en su conjunto. Primero porque nos quitaron los fueros. Cuando existió el franquismo, por eso, porque era un autoritarismo centralista y represor. Y cuando dejó de existir, por lo mismo: porque la democracia española no era sino la heredera del franquismo, trufada de

imposiciones, incapaz de reconocer el derecho a existir del pueblo vasco, repleta de instituciones represoras, practicante de la tortura y la guerra sucia, capaz de excluir del juego político a sectores enteros de la población, y así sucesivamente. El terrorismo se ha legitimado en la deslegitimación sistemática del poder democrático español, practicada incluso desde las instituciones integradas en ese poder, de manera que la legitimación/deslegitimación de uno y otro son como platillos de una balanza. Y mientras no se asuma el discurso público de que la democracia española no es más defectuosa que cualquier otra europea, y que su Constitución establece un buen sistema de convivencia para identidades y lealtades mezcladas como las de la sociedad vasca y española en general, no habrá manera de deslegitimar el terrorismo o su historia.

La escuela es importante, sin duda. Pero como decía Imanol Zubero hace días, los niños van a la escuela 'contados y cantados'. Y quien canta y cuenta las nanas es la sociedad, somos todos.